



OBRAS MISIONALES DE LA ARQUIDIÓCESIS DE

Hora Santa

Mensaje del Papa Francisco DOMUND 2025
(para meditación personal)

01 de junio de 2025

1. A la hora convenida, el sacerdote revestido con alba, estola, capa pluvial acompañados por los ministros que portan el turiferario, los ciriales y los acólitos, se dirigen procesionalmente desde la sacristía hacia el lugar de la reserva, haciendo reverencia si pasan delante del altar. Mientras tanto la asamblea puede acompañar con un canto apropiado

2. Una vez llegada la procesión al lugar de la reserva, el sacerdote abre el sagrario y haciendo genuflexión, toma el viril con la sagrada forma que se va a exponer.

3. La procesión se dirige desde el lugar de la reserva hacia el altar de la siguiente manera: primero los ministros que portan los ciriales, seguido el ministro con el turiferario humeante, que camina delante del sacerdote y finalmente el sacerdote con el Santísimo Sacramento tomado con el paño de hombros. Una vez llegada la procesión al altar, se hace reverencia como de costumbre y el sacerdote coloca el Santísimo Sacramento en la custodia, que está colocado sobre el altar con seis cirios o por lo menos dos y algunas flores.

4. Una vez colocado el Santísimo Sacramento en la custodia, el sacerdote pone incienso en el turiferario e incienso el Santísimo Sacramento, estando de rodillas con tres movimientos del incensario.

II. Alabanza Trinitaria.

Sacerdote: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su designio amoroso ha querido que su Verbo se hiciera carne y habitara en medio de nosotros.

Todos: Bendito seas por siempre, Señor.

Canto.

Sacerdote: Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que por amor nos ha dado la vida divina y ha querido permanecer en medio de nosotros en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Todos: Bendito seas por siempre, Señor.

Canto.

Sacerdote: Bendito sea el Espíritu Santo, Paráclito, por cuya acción este Sacramento del Sacrificio de Cristo es para nuestro bien el memorial de la Alianza eterna.

Todos: Bendito seas por siempre, Señor.

Canto.

Terminado el canto se guarda un momento de silencio.

III. Escucha de la Palabra de Dios.

Después de breve momento de silencio el lector se dirige al ambón y proclama la lectura propuesta.

Primera Lectura.

Lectura del profeta Isaías. 32, 15-18.

En aquellos días, cuando sople sobre nosotros el viento que viene de las alturas, el desierto se convertirá en vergel y el vergel, en un bosque. En el desierto vivirá la justicia y en el vergel, el derecho. El fruto de la justicia será la paz y el derecho traerá calma y tranquilidad perpetuas. Mi pueblo disfrutará de los beneficios de la paz y vivirá en moradas tranquilas y en mansiones seguras. Palabra de Dios

Terminada la lectura si se cree oportuno se guarda un momento de silencio.

b) Invocaciones

Sacerdote: En la Santa Eucaristía están las “obras maravillosas” que Dios ha realizado en la Historia de la Salvación. Mientras contemplamos el misterio, demos gracias a Dios y proclamemos: Te damos gracias, Padre Santo.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

Sacerdote: Te damos gracias, Padre, por los grandes signos de tu amor, que se nos revelan en la creación, en la historia del ser humano y en la plena revelación de tu Hijo Jesucristo.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

Sacerdote: Padre, por la fuerza del Espíritu Santo tu Hijo ha venido a nosotros encarnándonos en el seno purísimo de la Virgen María. Él ha hecho del mundo su casa, acogió a los pobres y necesitados, anunció la paz y la reconciliación a todos, y se entregó libremente a la muerte de cruz.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

Sacerdote: Padre, por amor ha venido, por amor vivió entre nosotros, con amor se donado a ti y en un gesto supremo de amor se ha sacrificado por nosotros.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

Sacerdote: En la Última Cena, reunido con sus discípulos, después de haberles dado el mandamiento nuevo, signo de la eterna alianza, nos dejó su Cuerpo y su Sangre para remisión de los pecados.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

Sacerdote: Te damos gracias, Padre, por este santísimo signo, lo acogemos como don de tu misericordia que nos transforma y que nos da un corazón nuevo como gracia de reconciliación y como signo de comunión.

Todos: Te damos gracias Padre Santo.

c) Evangelio.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo. 5, 1-12.

En aquel tiempo, cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles, hablando así:

“Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos serán ustedes cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrese y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos”.

Palabra del Señor.

Terminado el Evangelio se puede tener una breve homilía. Después de un momento de silencio se puede entonar un canto apropiado.

IV. Bendición.

a) Incensación.

Mientras esta el canto, el ministro hace genuflexión, se arrodilla e incienso al Santísimo Sacramento con tres movimientos del incensario.

b) Oración

Luego, el ministro se pone de pie y dice:

Sacerdote: Oremos. Dios y Padre nuestro, que por medio de la muerte y resurrección de tu Hijo nos redimiste a todos, prosigue en nosotros la obra de tu amor, a fin de que el recuerdo constante del misterio de nuestra salvación, nos impulse a conseguir plenamente sus frutos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Una vez que ha dicho la oración, el sacerdote o el diácono toma el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o el copón y, sin decir nada, traza el Santísimo Sacramento la señal de la cruz sobre el pueblo. Terminada la bendición puede decir las siguientes aclamaciones.

Sacerdote: Cristo, Maestro y Salvador nuestro.

Cristo, Mesías enviado.

Cristo, Fuente de la divina sabiduría.

Cristo, Buena Noticia.

Cristo, Médico de los enfermos.

Cristo, Palabra de verdad.

Cristo, Luz de los pueblos.

Cristo, Pan bajado del cielo.

Cristo, Muerto y Resucitado por nosotros.

Cristo, Presencia permanente entre nosotros.

A ti, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Terminadas las aclamaciones, el sacerdote o el diácono, tomando el paño de hombros, toma el Santísimo Sacramento de la custodia o el copón, y presidido por el ministro del Turiferario y los

ciriales se dirigen procesionalmente hacia el lugar de la reserva. Se puede acompañar con un canto apropiado.

Mensaje del Santo Padre

Misioneros de esperanza entre los pueblos

Queridos hermanos y hermanas:

Para la Jornada Mundial de las Misiones del Año jubilar 2025, cuyo mensaje central es la esperanza (cf. Bula *Spes non confundit*, 1), he elegido este lema: “Misioneros de esperanza entre los pueblos”, que recuerda a cada cristiano y a la Iglesia, comunidad de bautizados, la vocación fundamental a ser mensajeros y constructores de la esperanza, siguiendo las huellas de Cristo. Les deseo a todos que vivan un tiempo de gracia con el Dios fiel que nos ha regenerado en Cristo resucitado «para una esperanza viva» (cf. *1 P* 1,3-4); a la vez que quisiera recordarles algunos aspectos relevantes de la identidad misionera cristiana, a fin de que podamos dejarnos guiar por el Espíritu de Dios y arder de santo celo para iniciar una nueva etapa evangelizadora de la Iglesia, enviada a reavivar la esperanza en un mundo abrumado por densas sombras (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 9-55).

1. Tras las huellas de Cristo nuestra esperanza

Celebrando el primer Jubileo ordinario del Tercer milenio, después del Jubileo del año dos mil, mantengamos la mirada orientada hacia Cristo, el centro de la historia, que «es el mismo ayer y hoy, y lo será para siempre» (*Hb* 13,8). Él, en la sinagoga de Nazaret, declaró el cumplimiento de la Escritura en el “hoy” de su presencia histórica. De ese modo, se reveló como el enviado del Padre con la unción del Espíritu Santo para llevar la Buena Noticia del Reino de Dios e inaugurar «un año de gracia del Señor» para toda la humanidad (cf. *Lc* 4,16-21).

En este místico “hoy”, que perdura hasta el fin del mundo, Cristo es el cumplimiento de la salvación para todos, particularmente para aquellos cuya esperanza es Dios. Él, en su vida terrena, «pasó haciendo el bien y curando a todos» del mal y del Maligno (cf. *Hch* 10,38), devolviendo la esperanza en Dios a los necesitados y al pueblo. Además, experimentó todas las fragilidades humanas, excepto la del pecado, pasando también momentos críticos, que podían conducir a la desesperación, como en la agonía del Getsemaní y en la cruz. Pero Jesús encomendaba todo a Dios Padre, obedeciendo con plena confianza a su plan salvífico para la humanidad, plan de paz para un futuro lleno de esperanza (cf. *Jr* 29,11). De esa manera, se convirtió en el divino Misionero de la esperanza, modelo supremo de todos aquellos que, a lo largo de los siglos, llevan adelante la misión recibida de Dios, incluso en las pruebas extremas.

El Señor Jesús continúa su ministerio de esperanza para la humanidad por medio de sus discípulos, enviados a todos los pueblos y acompañados místicamente por Él; también hoy sigue inclinándose ante cada persona pobre, afligida, desesperada y oprimida por el mal, para derramar sobre sus heridas «el aceite del consuelo y el vino de la esperanza» (*Prefacio “Jesús, buen samaritano”*). Obediente a su Señor y Maestro, y con su mismo espíritu de servicio, la Iglesia, comunidad de los discípulos-misioneros de Cristo, prolonga esa misión ofreciendo la vida por todos en medio de las gentes. La Iglesia, aun teniendo que afrontar, por un lado, persecuciones, tribulaciones y dificultades, y, por otro lado, sus propias imperfecciones y caídas, a causa de las fragilidades de sus miembros, está impulsada constantemente por el amor de Cristo a avanzar unida a Él en este camino misionero y a acoger, como Él y con Él, el clamor de la humanidad; más aún, el gemido de toda criatura, en espera de la redención definitiva. Esta es la Iglesia que el Señor llama desde siempre y para siempre a seguir sus huellas; «no una Iglesia estática, [sino] una Iglesia misionera, que camina con el Señor por las vías del mundo» (*Homilía en la Santa Misa al finalizar la Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 27 octubre 2024).

Por eso, también nosotros sintámonos inspirados a ponernos en camino tras las huellas del Señor Jesús para ser, con Él y en Él, signos y mensajeros de esperanza para todos, en cada lugar y circunstancia que Dios nos concede vivir. ¡Que todos los bautizados, discípulos-misioneros de Cristo, hagan resplandecer la propia esperanza en cada rincón de la tierra!

2. Los cristianos, portadores y constructores de esperanza entre los pueblos

Siguiendo a Cristo el Señor, los cristianos están llamados a transmitir la Buena Noticia compartiendo las condiciones de vida concretas de las personas que encuentran, siendo así portadores y constructores de esperanza. Porque, en efecto, «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (*Gaudium et spes*, 1).

Esta célebre afirmación del Concilio Vaticano II, que expresa el sentir y el estilo de las comunidades cristianas de todos los tiempos, sigue inspirando a sus miembros y los ayuda a caminar con sus hermanos y hermanas en el mundo. Pienso particularmente en ustedes, misioneros y misioneras *ad gentes*, que, siguiendo la llamada divina, han ido a otras naciones para dar a conocer el amor de Dios en Cristo. ¡Gracias de corazón! Sus vidas son una respuesta concreta al mandato de Cristo resucitado, que ha enviado a sus discípulos a evangelizar a todos los pueblos (cf. *Mt 28,18-20*). De ese modo, ustedes señalan la vocación universal de los bautizados a ser, con la fuerza del Espíritu Santo y el compromiso cotidiano, entre los pueblos, misioneros de esa inmensa esperanza que nos concede Jesús, el Señor.

El horizonte de esta esperanza va más allá de las realidades mundanas pasajeras y se abre a las divinas, que ya pregustamos en el presente. En efecto, como recordaba san Pablo VI, la salvación en Cristo, que la Iglesia ofrece a todos como don de la misericordia de Dios, no es sólo «inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que [...] se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad» (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 27).

Animadas por una esperanza tan grande, las comunidades cristianas pueden ser signos de una nueva humanidad en un mundo que, en las zonas más “desarrolladas”, muestra síntomas graves de crisis de lo humano: un sentimiento generalizado de desorientación, soledad y abandono de los ancianos; dificultad para estar disponibles a ayudar a quienes nos rodean. En las naciones más avanzadas tecnológicamente, está decayendo la proximidad; estamos todos interconectados, pero no estamos en relación. La eficiencia y el apego a las cosas y a las ambiciones hacen que estemos centrados en nosotros mismos y seamos incapaces de altruismo. El Evangelio, vivido en la comunidad, puede restituarnos una humanidad íntegra, sana, redimida.

Por lo tanto, renuevo la invitación a realizar las obras indicadas en la *Bula de convocación del Jubileo* (nn. 7-15), con particular atención a los más pobres y débiles, a los enfermos, a los ancianos, a los excluidos de la sociedad materialista y consumista. Y a hacerlo con el estilo de Dios: con cercanía, compasión y ternura, cuidando la relación personal con los hermanos y las hermanas en su situación concreta (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 127-128). Muchas veces, serán ellos quienes nos enseñarán a vivir con esperanza. Y a través del contacto personal podremos transmitir el amor del Corazón compasivo del Señor. Experimentaremos que «el Corazón de Cristo [...] es el núcleo viviente del primer anuncio» (Carta enc. *Dilexit nos*, 32). Bebiendo de esta fuente, la esperanza recibida de Dios se puede ofrecer con sencillez (cf. *1 P 1,21*), llevando a los demás el mismo consuelo con el que nosotros hemos sido consolados por Dios (cf. *2 Co 1,3-4*). En el Corazón humano y divino de Jesús, Dios quiere hablar al corazón de cada persona, atrayendo a todos con su amor. «Nosotros hemos sido enviados para continuar esta misión: ser signo del Corazón de Cristo y del amor del Padre, abrazando al mundo entero» (*Discurso a los participantes en la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias*, 3 junio 2023).

3. Renovar la misión de la esperanza

Hoy, ante la urgencia de la misión de la esperanza, los discípulos de Cristo están llamados en primer lugar a formarse, para ser “artesanos” de esperanza y restauradores de una humanidad con frecuencia distraída e infeliz.

Para ello, es necesario renovar en nosotros la espiritualidad pascual, que vivimos en cada celebración eucarística y sobre todo en el Triduo Pascual, centro y culmen del año litúrgico. Hemos sido bautizados en la muerte y resurrección redentora de Cristo, en la Pascua del Señor, que marca la eterna primavera de la historia. Somos entonces “gente de primavera”, con una mirada siempre llena de esperanza para compartir con todos, porque en Cristo «creemos y

sabemos que la muerte y el odio no son las últimas palabras» sobre la existencia humana (cf. *Catequesis*, 23 agosto 2017). Por eso, de los misterios pascuales, que se actualizan en las celebraciones litúrgicas y en los sacramentos, recibimos continuamente la fuerza del Espíritu Santo con el celo, la determinación y la paciencia para trabajar en el vasto campo de la evangelización del mundo. «Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 275). En Él vivimos y testimoniamos esa santa esperanza que es “un don y una tarea para cada cristiano” (cf. *La speranza è una luce nella notte*, Ciudad del Vaticano 2024, 7).

Los misioneros de esperanza son hombres y mujeres de oración, porque “la persona que espera es una persona que reza”, como decía el venerable cardenal Van Thuan, que mantuvo viva la esperanza en la larga tribulación de la cárcel gracias a la fuerza que recibía de la oración perseverante y de la Eucaristía (cf. F.X. Nguyen Van Thuan, *Il cammino della speranza*, Roma 2001, n. 963). No olvidemos que rezar es la primera acción misionera y, al mismo tiempo, «la primera fuerza de la esperanza» (*Catequesis*, 20 mayo 2020).

Por eso, renovemos la misión de la esperanza empezando por la oración, sobre todo la que se hace con la Palabra de Dios y particularmente con los Salmos, que son una gran sinfonía de oración cuyo compositor es el Espíritu Santo (cf. *Catequesis*, 19 junio 2024). Los Salmos nos educan para esperar en las adversidades, para discernir los signos de esperanza y tener el constante deseo “misionero” de que Dios sea alabado por todos los pueblos (cf. *Sal* 41,12; 67,4). Rezando mantenemos encendida la llama de la esperanza que Dios encendió en nosotros, para que se convierta en una gran hoguera, que ilumine y dé calor a todos los que están alrededor, también con acciones y gestos concretos inspirados por esa misma oración.

Finalmente, la evangelización es siempre un proceso comunitario, como el carácter de la esperanza cristiana (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 14). Dicho proceso no termina con el primer anuncio y el bautismo, sino que continúa con la construcción de las comunidades cristianas a través del acompañamiento de cada bautizado por el camino del Evangelio. En la sociedad moderna, la pertenencia a la Iglesia no es nunca una realidad adquirida de una vez por todas. Por eso, la acción misionera de transmitir y formar una fe madura en Cristo es «el paradigma de toda obra de la Iglesia» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 15), una obra que requiere comunión de oración y de acción. Sigo insistiendo sobre esta sinodalidad misionera de la Iglesia, como también sobre el servicio de las Obras Misionales Pontificias en promover la responsabilidad misionera de los bautizados y sostener a las nuevas Iglesias particulares. Y los exhorto a todos ustedes —niños, jóvenes, adultos, ancianos—, a participar activamente en la común misión evangelizadora con el testimonio de sus vidas y con la oración, con sus sacrificios y su generosidad. Por esto, ¡gracias de corazón!

Queridas hermanas y queridos hermanos, acudamos a María, Madre de Jesucristo, nuestra esperanza. A Ella le confiamos este deseo para el Jubileo y para los años futuros: «Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo» (*Bula Spes non confundit*, 6).

Roma, San Juan de Letrán, 25 de enero de 2025, fiesta de la Conversión del apóstol san Pablo.

FRANCISCO